

Domingo 10 de Agosto de 1924

LA DIVERSIFICACION

Sin duda alguna, no hay nada más atroz que la indignación de un ejemplar de máquina, que después de haberse sentido sucesivamente candidato oficial, interventor, caudillo, azote de un departamento, señor de horca y cuchillo y usufructuario de una dieta de dos mil pesos mensuales, vuelve de pronto a la domesticidad.

Daba el señor Olavarría los últimos retoques de su campaña electoral en Curicó; su espalda de dactilógrafo se erguía en un gesto de liberación; sus oídos, acostumbrados a la injuria cotidiana, escuchaban con deleite las conminaciones y amenazas que, ahora, salían de su propia boca para mezclarse las quejas de los atropellados por la fuerza pública; y su pequeño y esmirriado cuerpo se gigantaba entre el fulgor de los incendios que anunciaban la fatídica presencia del candidato del Gobierno.

De pronto llega un telegrama:

"Suspenda incendios.- Cámara aprobó definitivamente poderes. Manuel Aívas.- Tenga calma.- Regrese".

El señor Olavarría se torna profundamente pálido; sus manos se agitan nerviosamente como si oprimieran las teclas de una Underwood; su cerviz se encorva como para recoger un plumero olvidado. ¡Adiós dieta parlamentaria!

La gigantesca figura del terrible candidato, ha vuelto a sus antiguas dimensiones - un metro cincuenta y tres centímetros de altura - y con aire sumiso pide prestada una máquina para escribir un telegrama a su excelencia.

El texto íntegro del comunicado se publicó ayer en otra sección de este diario. Recomendamos su lectura.

Es la nota más desolada, apocalíptica, sentimental, irritada y angustiosa que haya salido jamás de manos de dactilógrafo. Reina en ella el bello desorden de la oda.

Comienza el telegrama con un altivo y noble arranque de cinismo, como corresponde a un candidato de Gobierno, derrotado antes de hacer uso de la fuerza pública.

"Curicó, 8.- S. A. me invita a trasladarme inmediatamente a Santiago exhortándome a que me quede tranquilo después del despojo de que la Cámara me ha hecho objeto en circunstancias en que ya para nadie era un misterio que tenía asegurada la primera mayoría en la elección complementaria de Curicó".

Pasado el primer arranque de despecho el autor se torna ingenuo:

"Anoche - dice - creyóse aquí que la Cámara de Diputados, en un rasgo de decencia pudiera reconsiderar inmediatamente su vergonzoso voto de ayer; pero después de imponernos hoy de los detalles de la votación vemos que no nos queda otra que resignarnos en nuestra honrosa derrota".

En el párrafo siguiente la desesperación hace al señor Olavarría volverse casi unionista. Sus antiguos entusiasmos radicales ceden el paso a la más negra desconfianza sobre la cohesión y la moralidad de sus antiguos aliados. Oigamos sus palabras:

"¿Qué puede esperarse ya de un partido como el Radical, cuyos parlamentarios asumen la actitud que a estas horas comenta con repugnancia todo el país? ¿Qué puede esperarse de estas castas vestales que en su afán nervioso de limpiarse el lodo que cubría sus conciencias, no trepidan, por obtener el perdón de la Unión Nacional, en cambio por el más escandaloso de los robos?"

A continuación el señor Olavarría desciende al terreno personal, ataca al señor Rojas Ley y hasta se permite criticar el procedimiento electoral usado por el señor Alessandri, para formar sus mayorías hechas a mano:

Ahí tiene S.E. por ejemplo, - agrega - a ese señor Rojas Merry, elegido diputado única y exclusivamente por la fuerza de las bayonetas, como me consta personalmente, convertido ahora en inmaculada vestal de las libertades electorales".

Después se puso siniestro y misterioso:

"No tema S.E. que yo haga en Curicó lo que S. E. debía haber hecho ya hace mucho tiempo en bien del país. Mi decepción es muy grande."

¡Qué horror! ¿A qué tenebrosas maniobras se referirá el señor Olavarría cuando dice al presidente que no tema que él haga en Curicó lo que debió haber hecho Su Excelencia?

Afortunadamente, hondas preocupaciones económicas obligan al ex-candidato a variar el escabroso tema, llevando la cuestión al campo de sus intereses personales:

"Sabe S. E. que para servir la causa de la Alianza Liberal y contrariando los deseos de S.E. presenté mi candidatura a diputado por Curicó para lo cual tuve que renunciar mi cargo y hacer a más de este sacrificio personal, todos los que imaginarse puede. Todo lo sacrifiqué por la causa aliancista: mi puesto, mis ahorros, mi tranquilidad y la de mi hogar, formado sólo tres meses antes de que iniciara la lucha!"

Pasado este arranque económico, el desesperado joven, vuelve a sus ataques al Partido Radical, habla con franqueza inusitada acerca de la falta de honradez de sus representantes, y llega casi a los límites de la infidencia al citar hechos y casos que le tocó presenciar como secretario privado del señor Alessandri:

"¡Qué otra cosa - dice - podía esperarse también de una combinación que a no mediar la honradez acrisolada y sin precedentes de S. E. en su secretaría privada y soy testigo de las amarguras infinitas de S. E., para servir los intereses de la nación contra los apetitos de los hombres de gobierno."

"La comedia es finita. Excelentísimo señor", agrega en un raptó de histrionismo que no podrá menos que agrandar al gusto artístico del señor Alessandri, y termina con el siguiente parlamento capaz de conover los corazones más empedernidos:

"Un día bajé de mi situación espectable para venir a este pueblo a servir como modesto y esforzado soldado los ideales de la Alianza Liberal. Hoy, víctima de mi credulidad y de la podredumbre que reina en esa combinación, regreso pobre y arruinado a ganarme el pan que perdí, satisfecho sólo de haber podido conocer a los hombres a una edad en que es una delicia y un tesoro poder apreciarlos."

¡Pobre señor Olavarría! ¡Y pensar que hasta hace dos días era el terror de Curicó y estaba llamado a ser la más sólida columna de Alessandri en el Parlamento Nacional!